

Tú puedes cambiar el mundo

MANUAL DEL CIUDADANO GLOBAL
PARA LOGRAR UN MUNDO SOSTENIBLE
Y SIN VIOLENCIA



Un informe del Club de Budapest
Ervin Laszlo

Presentación de
Federico Mayor Zaragoza

Introducción de
Jaume Pagès

Prólogo de
Mikhail Gorbachev

Epílogo de
Paulo Coelho

Y la contribución de
Masami Saionji



Serie: Nowtilus Saber
Colección: Club de Budapest
www.nowtilus.com
www.clubdebudapest.com

Título original: *You Can Change the World*
Autor: Ervin Laszlo
Traducción: Sandra Suárez Sánchez de León

Edición original en lengua inglesa:
© 2004 SelectBooks, Inc., New York
Edición española:
© Ediciones Nowtilus S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 - Madrid

Editor: Santos Rodríguez
Responsable editorial: Teresa Escarpenter

Diseño y realización de cubiertas: Carlos Peydró
Diseño de interiores y maquetación: Grupo ROS
Producción: Grupo ROS (www.rosmultimedia.com)

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-84-9763-897-5

∞ ÍNDICE ∞

Presentación de <i>Federico Mayor Zaragoza</i>	<i>ix</i>
Introducción de <i>Jaume Pagès</i>	<i>xiii</i>
Prólogo de <i>Mikhail Gorbachev</i>	<i>xvii</i>
1 El mundo en nuestras manos	1
2 Evolución o involución: una elección de futuro	11
3 Pensamiento responsable	23
4 Acción responsable	37
5 Una estrella a la que seguir	51
6 Tú puedes cambiarte a ti mismo, por <i>Masami Saionji</i>	67
Epílogo	
«El cuento del viejo alquimista» de <i>Paulo Coelho</i>	93
Apéndices	97
Manifiesto de la consciencia planetaria, <i>El Club de Budapest</i>	
Declaraciones sobre la guerra y la violencia, <i>El Club de Budapest</i>	
Declaración para toda vida en la Tierra, <i>The Goi Peace Foundation</i>	
Breve introducción a una visión científica del mundo en el siglo XXI, <i>Ervin Laszlo</i>	
Una concisa guía para leer más	117
<i>Compilada por David Woolfson</i>	
Biografías	121

∞ AGRADECIMIENTOS ∞

Aprovecho esta oportunidad para dar las gracias de corazón a todos los amigos y colegas que han contribuido a reunir las ideas y materiales que se exponen en este libro.

En primer lugar, gracias a todos mis amigos del Club de Budapest: en particular al Secretario General, Peter Spiegel del Secretariado Internacional en Alemania; Maria Sági e Ivan Vitányi de las oficinas de Budapest, en Hungría; Nitamo Montecucco, Aleandro Tommasi y Olivero Beha del Club de Budapest de Italia. Mis amigos del Club de Budapest de EE.UU y de Norteamérica merecen un agradecimiento especial: Vinod Kumar Bhalla, Muriel Adcock, Carl Zaiss y Suheil Bushrui. Estoy agradecido a los Miembros honorarios: Mikhail Gorbachev, Masami Saionji y Paulo Coelho por sus estupendos escritos que proporcionan tanto claridad como autoridad al mensaje que deseo comunicar. Mis editores, Jane Taylor de *Positive News* en Inglaterra y Daniel Panner de *SelectBooks* en EE.UU., me han hecho excelentes sugerencias para mejorar la calidad y claridad del texto y me han ayudado a completarlo con información importante.

Me gustaría agradecer la experiencia de Bill Gladstone de *Waterside Productions* en la empresa de publicar y distribuir este libro en todo el mundo. Y desearía dar las gracias a Santos Rodríguez, editor de Ediciones Nowtilus, por abrazar el proyecto de hacer llegar este libro a los lectores del mundo de habla hispana con entusiasmo, dedicación y efectividad.

∞ EL CLUB DE BUDAPEST ∞

El Club de Budapest, fundado en 1993 por Ervin Laszlo, es una asociación informal de opinión activa, local y global, compuesta por líderes en los campos del arte, la ciencia, la religión y la cultura. Está dedicada a fomentar y a facilitar el desarrollo de éticas y valores más responsables y correctos entre personas de todas las sociedades, sea cual sea su forma de vida, como la mejor y, en última instancia, la única senda viable para alcanzar la sostenibilidad y la paz en este planeta. Sus informes están dirigidos a todo el mundo, en particular a los jóvenes, y a personas preocupadas y comprometidas de todas las edades que sean jóvenes de espíritu.

El Club tiene sus oficinas centrales en Hungría, un secretariado internacional en Alemania, un centro de coordinación en Washington y sucursales en EE.UU., Canadá, México, Brasil, Francia, Alemania, Italia, Holanda, Austria, Hungría, India, Japón, China y Samoa.

Fundador-Presidente, Profesor Ervin Laszlo
(Budapest, Hungría y Montescudaio, Italia)

Embajadora Global, Lady Fiona Montagu
(Beaulieu, Inglaterra)

Secretario general, Peter Spiegel
Gerencia, Wolfgang Riehn
(Hombroich, Alemania)

Secretaría científica
Dra. Maria Sági
(Budapest, Hungría)

www.clubofbudapest.org

Miembros honorarios internacionales

Dsingis AITMATOV

Escritor

Oscar ARIAS

Gobernante, Premio Nobel de la Paz

A.T. ARIYARATNE

Líder espiritual budista

Maurice BÉJART

Bailarín/ Coreógrafo

Thomas BERRY

Teólogo/ Científico

Karlheinz BÖHM

Actor/ Activista

Sir Arthur C. CLARKE

Escritor

Paulo COELHO

Escritor

El XIV DALAI LAMA

Líder espiritual/ Premio Nobel de la Paz

Warris DIRIE

Activista africana

Riane EISLER

Historiadora feminista/ Activista

Milos FORMAN

Director de cine

Hans-Dietrich GENSCHER

Hombre de estado

Peter GABRIEL

Músico

Jane GOODALL

Científica

Rivka GOLANI

Músico

Mikhail GORBACHEV

Líder de opinión/ Hombre de estado

Arpád GÖNCZ

Escritor/ Hombre de estado

Otto Herbert HAJEK

Escultor

Václav HAVEL

Escritor/ Hombre de estado

Hazel HENDERSON

Economista/ Activista

Pir Vilayat INAYAT-KHAN

Líder espiritual sufí

Miklós JANCsó

Director de cine

Ken-Ichiro KOBAYASHI

Director de orquesta

Gidon KREMER

Músico

Hans KÜNG

Líder espiritual cristiano

Shu-hsien LIU

Filósofo chino

Eva MARTON

Cantante de ópera

Zubin MEHTA

Director de orquesta

Edgar MITCHELL

Científico/ Astronauta

Edgar MORIN

Filósofo/ Sociólogo

Robert MULLER

Educador/ Activista

Ute-Henriette OHOVEN

Embajador de la Unesco

Gillo PONTECORVO

Director de cine

Mary ROBINSON

Líder de los derechos humanos y políticos

Mstislav ROSTROPOVICH

Director de orquesta

Sir Joseph ROTBLAT

Científico/ Premio Nobel de la Paz

Peter RUSSELL

Filósofo/ Futurista

Masami SAIONJI

Líder espiritual japonesa

Karan SINGH

Líder espiritual hindú

Sir Sigmund STERNBERG

Líder espiritual de varias creencias

Desmond TUTU

Líder espiritual/

Premio Nobel de la Paz

Liv ULLMANN

Actriz/ Directora

Sir Peter USTINOV

Actor/ Director/ Escritor

Vigdis FINNBOGADOTTIR

Líder político

Richard von WEIZSÄCKER

Hombre de estado

Elie WIESEL

Escritor/ Premio Nobel de la Paz

Betty WILLIAMS

Activista/ Premio Nobel de la Paz

Mohammed YUNUS

Economista/ Activista

∞ PRESENTACIÓN ∞

*«...ahora es mañana.
Que lluevan voces nuevas
en el turbio atardecer».*

*Miquel Martí i Pol
(en Crónica de Demá, 1977)*

Voces nuevas. La voz de *todos*. Todos distintos, todos unidos por unos valores universales. La diversidad infinita, nuestra riqueza. Nuestra fuerza, los principios comunes. Iguales puntos de referencia, como destellos en el firmamento, más necesarios y apremiantes cuanto más oscura es la noche.

Todos, agavillados por invisibles lazos de solidaridad, de alteridad, de amor. Que nadie halle excusas para aplazar su incorporación. Que nadie prefiera esperar cautelosamente «a ver qué pasa». Ha llegado el momento de la gente, después de siglos de exclusión. Y para que el pueblo aparezca, por fin, en el escenario mundial, es preciso que todos acudan a la cita, que todos sean conscientes de su importancia. El *Popol Vuh*, libro sagrado de los mayas, ya advertía: «que todos se levanten ... que nadie quede atrás». No puede haber rezagados, ni temerosos, ni atemorizados. El poder de la gente depende de un nombre: todos. Sin exclusiones.

Recuerdo la deliciosa anécdota de Dominique Lapierre con la Madre Teresa de Calcuta. Cuando comentó lo poco que podría hacer él y su pequeña ONG —«como una gota en el océano»— para resolver los problemas sobre los que estaban hablando, Madre Teresa le dijo: «Es cierto que es como una gota en el océano... pero si esta gota falta, el océano la echaría de menos!». Todos, ladrillo a ladrillo, paso a paso. Si uno falta, se le echará de menos.

Erwin Laszlo lleva muchos años contemplando el mundo en su conjunto, en una permanente actitud de búsqueda. Búsqueda de respuestas —¿quién, qué somos?— y de soluciones. Y se ha dado cuenta de que la respuesta y la solución se halla en cada ser humano, este prodigio, esta desmesura, este misterio: cada ser humano *único* biológica e intelectualmente

en cada instante de su vida. Cada ser humano único, capaz de crear, de ejercer esta facultad distintiva de nuestra especie. Esta facultad, nuestra esperanza. La experiencia acumulada por cada persona es un tesoro que permanece normalmente inédito, como una biblioteca inmensa cuyos textos no fueran consultados, a pesar de la sabiduría que contienen. Sabiduría que trasciende al saber, porque es fruto de la reflexión, del pensamiento sereno. ¡Cuánta sabiduría he encontrado en las palabras y conductas de las mujeres y hombres de recónditos pueblos! Nosotros, rebosantes de saberes. Ellos, de sabiduría. La interacción resultaría enriquecedora para todos.

Cada ser humano es el más perfecto y precioso monumento que debemos salvaguardar, que debemos cuidar con especial atención, porque es frágil y vulnerable. Los monumentos de piedra pueden restaurarse. La vida no. Y cada vida puede, aún sin saberlo, influir en el rumbo de los acontecimientos. Todos debemos ser «conscientes de los demás». En Alma-Ata, escribí en junio de 1984: «Os recordaré todos los días/... vidas acalladas,/... vuestro silencio/a todos nos apremia/... y no es ajeno/ ni lejano vuestro grito¹».



Unir todos las voces en un gran clamor mundial. Ahora es posible. Ahora es el momento. Podemos ser oídos y ser escuchados porque, «la voz/a veces/no fue voz/por miedo.../Si hubiera sido/inesperada/intrépida/... hubiera iluminado/inéditos senderos .../Por haber sido contenida,/llegó solamente/a las oscuras orillas del presente/²».

Todos infinitamente distintos. Todos juntos, en un destino común. Especialmente en los momentos de grandes turbulencias, cuando todo se halla trastocado, tenemos que actuar según nuestro propio criterio, según nuestras propias reflexiones. No debemos permitir que nos distraigan, que nos conviertan en espectadores pasivos. Somos actores de nuestra trayectoria. Somos autores y nadie puede relegarnos a obedientes y sumisos viandantes que siguen el dictado que emana, con frecuencia, de lejanas instancias de poder.

La educación consiste, precisamente, en adquirir la «soberanía personal», en «dirigir con sentido la propia vida», según la magnífica definición

¹ En *A Contraviento*.

² En *Terral*, 1995.

de Francisco Giner de los Ríos. Soberanía personal para hacer en cada momento lo que nuestra conciencia nos indica, para ser «nosotros mismos», ciudadanos que participan, que asienten o disienten, *que proponen*.

La capacidad de propuesta se halla íntimamente relacionada con el conocimiento en profundidad y una visión global y prospectiva. Sólo conociendo la realidad en toda su complejidad seremos capaces de transformarla. Sólo teniendo presentes, a todos los seres humanos — radicalmente iguales, como establece el artículo 1º de la Declaración Universal de los Derechos Humanos — tendrán nuestras propuestas sentido y potencia resolutive. Sólo mirando siempre hacia delante, podremos anticiparnos y evitar aquellos acontecimientos que sean lesivos para la dignidad humana. Saber para prever; prever para prevenir. La prevención es el gran objetivo común de la humanidad para un futuro más luminoso. El pasado ya está escrito. Y, en gran medida, también lo está el presente. El futuro, en cambio, podemos y debemos ofrecerlo como legado incólume a nuestros descendientes. Una gran página en blanco para que sean ellos mismos los que lo escriban a su manera.

Para ello, deben sentirse motivados y no dejarse llevar por la inercia, la indiferencia, la rutina. Para ello, es necesario que no confundan su punto de vista con los que les ofrecen, con intenciones gregarizadoras y sesgadas, los omnímodos y omnipresentes medios de comunicación. «Es de necio confundir valor y precio», sentenció el gran poeta Don Antonio Machado. Esta confusión terrible, esta abyecta abdicación de sus responsabilidades políticas, es lo que han hecho los líderes de los países más prósperos de la tierra cuando, en 1989, al término de la Guerra Fría, en lugar de consolidar el sistema de las Naciones Unidas y ofrecer al mundo un marco ético y jurídico a escala supranacional, decidieron confiar al «mercado» la gobernanza del mundo. Cuando tantos países, recién «liberados», iniciaban su larga marcha hacia la democracia, les dieron la espalda en lugar de facilitar su itinerario. Con el muro de Berlín se hundió un régimen que, basado en la igualdad, olvidó la libertad. Desde entonces asistimos al naufragio del otro régimen que, basado en la libertad, ha olvidado la igualdad. Y, ambos, la fraternidad.

Con palabras de ambiguo significado, como «globalización», han pretendido convencer a la Humanidad de que no existe alternativa a su poder plutocrático. Se ha debilitado el sistema de las Naciones Unidas, usándolo sólo cuando conviene y amordazándolo, y se ha permitido el establecimiento

en el espacio internacional de unas colosales corporaciones privadas que actúan con la mayor impunidad. Las asimetrías económicas y sociales se han ampliado en lugar de reducirse, alcanzándose límites tales de frustración, humillación y dependencia, que constituyen caldos de cultivo para actitudes de rencor, animadversión y violencia. Nada justifica la agresividad, pero debemos erradicar sus orígenes, empezando por la miseria extrema en la que mueren cada día más de 50.000 hermanos nuestros. ¿Cómo podremos permanecer inactivos? ¿Cómo podremos conciliar el sueño? Se invierten miles de millones en material bélico, en aventuras espaciales de prestigio... cuando en el planeta Tierra la mitad de sus habitantes se afana en sobrevivir en condiciones adversas, en la insolidaridad y el desamparo.

¡Otro mundo es posible! A construirlo cada día con tu comportamiento, con tu aportación, con tu grano de arena, te invita Ervin Lazslo. Te invita a situarte siempre, aunque te sientas profundamente marginado, al lado de la vida. Al lado de muchos, para hacer del siglo XXI el siglo —¡por fin!— de la gente. Ya nunca más la mano cerrada. Ni la mano alzada. La mano abierta para el abrazo. La mano tendida para la ayuda.

Para, de este modo, hacer posible la transición desde una cultura de fuerza e imposición a una cultura de diálogo y entendimiento. De una cultura de guerra a una cultura de paz. La definición suprema de cultura es *nuestro comportamiento cotidiano*. Cada día, cada uno. Como compromiso personal y colectivo.

Recuerda: todos juntos, podemos. Todos juntos: tu contribución no puede faltar. Que nadie pueda reclamarte: «Esperábamos tu voz y permaneciste en silencio. Esperábamos tu apoyo y no nos lo ofreciste».

En un poema dedicado a Mikhail Gorbachev en abril de 1986, terminaba así: ... «hay que avanzar/sabiendo/que sólo el porvenir/no ha muerto³».

En este libro, Ervin Lazslo se dirige a *cada uno* de nosotros y nos recuerda que todos somos necesarios: «que nadie/que sepa hablar/siga callado⁴», porque «no debe haber tregua/hasta que toda ligadura/haya sido desatada⁵».

Federico Mayor Zaragoza

Profesor de la Universidad Autónoma de Madrid

Presidente de la Fundación Cultura de Paz

³ En *Terral*.

⁴ En *Terral*.

⁵ En *Aguafuertes*, poema dedicado a Chinguiz Aitmatov, 1988.

Una cuestión de conciencia

Yehudi Menuhin dejó escritas unas *Últimas reflexiones* en las que el genial violinista, a pocos meses de su muerte, se interrogaba acerca del presente y las previsibles consecuencias de éste para el futuro inmediato de nuestra vida en común en este pequeño planeta. El texto, breve pero intenso, arranca con esta contundente afirmación: «Creo que en realidad nos hemos vuelto inconscientes».

¿Inconscientes de qué? «Los actos de autosacrificio para aplacar a los dioses han caracterizado a sociedades muchísimo más primitivas que la nuestra», nos recuerda Menuhin; y añade: «Nuestro Dios en la actualidad es Mamón (el dinero y el comercio) y nuestro sacrificio es global. (...) Las mujeres y los niños siguen siendo los primeros que se sacrifican, quizás sin tanto ritual como antiguamente pero en la misma escandalosa proporción. (...) Utilizamos el principio de la unidad universal para los propósitos más horribles y los fines más ignorantes, intolerantes y suicidas».

Habida cuenta de la situación en la que nos hallamos hoy, tanto a nivel social, como político, como medioambiental en este mundo *globalizado* en el que nos ha tocado vivir, el problema, según él, estriba en saber si podemos aprender la lección y corregir el rumbo *antes de* en lugar de *después de*, como ha venido siendo habitual en nosotros a lo largo de la historia. «¿Podemos hacer del mundo un lugar seguro por el bien de todos y también por la democracia?», se pregunta Menuhin. «¿Podemos adoptar un sistema educativo que nos ayude a ser amables y valientes, tolerantes y decididos, confiados aunque realistas, y sabios y generosos en lugar de listos y egoístas? ¿Podemos permitirnos que los principios creativos guíen nuestro comportamiento y nuestros actos cotidianos? ¿Seremos capaces de dejar de inculcar a nuestros hijos prejuicios y temores? ¿Podemos eliminar la violencia y la brutalidad de las pantallas, los libros, los pensamientos y las ambiciones? ¿O acaso es ésta nuestra forma de prepararnos para sobrevivir a las catástrofes que nos aguardan?».

Grandes preguntas, que a la vez constituyen auténticos retos, ante los que Menuhin, sin embargo, se manifiesta optimista: «Quizás podamos provocar una revolución en la conciencia, generando y propiciando nuevas actitudes y creencias que impregnen nuestros pensamientos y nuestras acciones e instituciones, desde la medicina, la psicología y la filosofía hasta la ciencia, el comercio, la banca, la religión y las artes. (...) La dirección que deberíamos emprender es clara. Lo tenemos todo: los medios y el entendimiento, incluso la fuerza de las manos, la mente y el corazón. ¿Qué es lo que falta? Necesitamos descartar el aletargamiento y los hábitos de pensamiento nefastos, la mentalidad de cabeza de turco y los prejuicios. Necesitamos un cierto grado de obligaciones, una gran dosis de inspiración y un reconocimiento inmediato de la profunda satisfacción que se siente al ver a niños felices, tener amigos de confianza por todo el mundo, vencer nuestros temores, disfrutar del placer decisivo de una vida creativa, aprender cosas nuevas y experimentar la sensación sublime de ver lo mucho que podemos conseguir para nosotros y, por la misma razón, también para los demás y el bien común.»

Este texto de Yehudi Menuhin fue publicado como epílogo de un libro, que me atrevo a calificar de esencial para todo aquel que quiera sumarse a la reflexión sobre el presente y lo que está en nuestras manos hacer para remediar las consecuencias adversas de su deriva. Este libro, que precisamente lleva por título *La revolución de la conciencia* y cuyo editor no es otro que Ervin Laszlo, consiste, como hace constar Ken Wilber en el prólogo, «en un diálogo extraordinario entre tres de las mentes más preclaras de la época»: Stanislav Grof, Peter Russell y el propio Ervin Laszlo. Es el fruto de la reunión de estos tres pensadores, durante varios días, para reflexionar sobre las posibilidades de que haya paz en el mundo; «y terminamos hablando —confiesa Laszlo— de la crisis, la transformación, los objetivos y los valores, las concepciones del mundo, el conocimiento de nosotros mismos y los demás, el arte, la ciencia, la religión y la espiritualidad; pero sobre todo, hablamos de la conciencia. No tardamos demasiado en descubrir que el estado de nuestra conciencia era el tema clave que subyacía a casi todos los demás».

El verdadero interrogante que comparten tanto éste como el libro que el lector tiene ahora en sus manos, es el de si podemos continuar en el mundo actual como veníamos haciendo hasta ahora sin desencadenar rupturas y crisis y, por consiguiente, poner en peligro la paz. Como

constata el propio Laszlo, «la preocupación es creciente, y prueba de ello es la difusión de que goza hoy en día la palabra *sostenibilidad*».

Todos hablamos de sostenibilidad, pero sin entender necesariamente lo que está en juego. «Quizás estemos ante el hito más importante de la historia», apunta Laszlo. «Hasta ahora los momentos cruciales ocurrían primero y luego se analizaban. Sin embargo, este orden ahora resulta demasiado arriesgado. Deberíamos formarnos una idea previa de lo que nos aguarda para actuar con conciencia y mejorar nuestras posibilidades. En vista a enfrentarnos a este enorme desafío, necesitamos arrojar algo de luz sobre ciertos factores subyacentes a este cambio actual, que también lo es de época. (...) Si hemos de sobrevivir y evolucionar, y quizás ahora ya deberíamos decir no extinguirnos, debemos revisar a fondo nuestra noción del universo, del ser humano, y también los conceptos de progreso y evolución».

En esto consiste, ni más ni menos, la necesaria reflexión que, como ciudadanos del mundo, nos toca emprender en este comienzo de siglo. Permítame el lector que cite una vez más a Laszlo: «Los problemas nos acucian desde múltiples frentes, y en todos estos frentes tenemos que adaptarnos; y esto significa cambiar la conciencia dominante. Ésta es la raíz del problema. Debemos empezar a pensar de manera distinta, sentir de otra manera, y relacionarnos entre nosotros y con la naturaleza de modo distinto. En caso contrario, corremos un inmenso peligro. Ahora vamos todos en el mismo barco. ¿Creéis que somos capaces de cambiar? ¿Hay posibilidades reales de que se produzca un cambio radical en la conciencia?».

A nadie se le ocultará la urgencia de esta pregunta. Tenemos, desde hace ya algún tiempo, los datos que hacen al caso: muchos millones de personas condenadas a vivir en situaciones de indignidad, precariedad e injusticia, en la pobreza, la enfermedad y la violencia, arrastradas por la corriente de un modelo de desarrollo que genera desigualdad y un modo de pensamiento primario que nos ha llevado al borde de los límites de los recursos del planeta. Sabemos, además, que la situación podría tener solución pero que no va a remediarse a golpe de cumbres gubernamentales en las que se aprueban tímidas resoluciones que luego no llegan a aplicarse. Empezamos a tener claro que nada ni nadie nos va sacar del apuro aparte de nosotros mismos, y que es preciso que tomemos conciencia de ello.

Comparto con el autor la convicción de que muchas de las ideas que nos han llevado hasta aquí ya no sirven para seguir adelante, que tenemos

que crecer tanto humanamente como socialmente y cambiar mucho de lo que se nos ha presentado como establecido. Si hasta ahora nuestra civilización ha basado su hegemonía en el poder de *pillar*, ahora la idea-fuerza no puede ser otra que la de *compartir*.

Como Consejero Delegado del Fórum Universal de las Culturas, he tenido el privilegio de asistir al nacimiento de este nuevo acontecimiento de alcance internacional cuyo objetivo es, precisamente, servir de punto de encuentro para la sociedad civil mundial para debatir los grandes retos que tiene planteados la humanidad en este momento de nuestra historia, difundiendo al gran público tanto los temas centrales de esta reflexión sobre la convivencia —la diversidad cultural, el desarrollo sostenible y las condiciones esenciales para la paz— como los valores que la subyacen —los principios que informan la Declaración Universal de los Derechos Humanos. El objetivo del Fórum, en su primera edición en Barcelona este año 2004, ha sido precisamente intentar ayudar, a través de un amplio programa de actividades dirigidas a todos los públicos, a que los ciudadanos puedan desprenderse de su indiferencia, del estado de distracción en el que nos ha sumido el sinsentido de tantos mensajes publicitarios, tanta desinformación y tanto entretenimiento. Para que tomemos conciencia de ciertas realidades que nunca nos confesarán abiertamente los políticos, simplemente porque se contradicen, hoy por hoy, con el márketing de lo electoralmente correcto.

Una cuestión de conciencia, sí: de esto se trata. La buena noticia es que todos y cada uno de nosotros estamos dotados de ella y que, por consiguiente, todos y cada uno de nosotros podemos hacer algo por cambiar las cosas. Y que en la suma de la reflexión de cada uno y de sus consecuencias prácticas en nuestros distintos ámbitos de actuación, personales y colectivos, está sin duda una de las vías más sólidas de solución para muchos de los males que nos aquejan como sociedad, como civilización, como especie.

El libro que tiene ahora en sus manos pretende ayudar al lector, a cada lector, a emprender esta reflexión. Es un libro importante. Felicidades por haber dado con él y mis mejores deseos al emprender su lectura.

Jaume Pagès
Consejero Delegado Fórum Barcelona 2004
31 de julio de 2004

∞ PRÓLOGO ∞

POR MIKHAIL GORBACHEV

Querido lector, este manual del ciudadano global para la vida en el planeta Tierra te habla directamente a ti. De hecho, éste es un mensaje dirigido a ti y a cada uno de nosotros. Se ha escrito con la esperanza de que no sólo lo leerás, sino que también reflexionarás sobre las cosas que se dicen en él y además extraerás las conclusiones necesarias para ti mismo, para tu familia y amigos y para todo tu entorno cercano.

¿Por qué el autor de este libro, Ervin Laszlo (el famoso científico y humanista, presidente del Club de Budapest) ha elegido esta forma específica, la forma de un mensaje dirigido a nosotros, a cada uno de nosotros, sus lectores?

De forma general, cuando el futuro de alguien o algún aspecto del mundo que nos rodea en la vida diaria se ponen en cuestión, solemos ver lo esencial del asunto de forma fácil y sencilla. Sopesamos las ventajas y los peligros/amenazas, sacamos nuestras conclusiones y decidimos los pasos a dar. Esto es natural, se corresponde con nuestros hábitos, es parte de nuestros pensamientos y comportamiento diarios. Para alguien que vive en un mundo complejo, el sentido común dicta que él o ella debe pensar si se adapta a las circunstancias dadas o intenta cambiarlas.

La situación es diferente cuando afrontamos problemas que afectan al mundo entero, al destino de la humanidad. No estamos acostumbrados a preguntas de tales dimensiones. Puede parecer que nos quedan muy lejanas y que en algún momento, de alguna forma, se solucionarán, que alguien allá arriba está ocupándose de ellas. ¿Por qué nosotros? Sólo somos gente normal.

Ésta es la razón por la que este libro que tienes en las manos, dedicado a los problemas globales que afectan al mundo, se dirige a ti en un

lenguaje sencillo y lógico y presenta una evidencia persuasiva. Hace nuestra tarea más sencilla. La tarea es simple. Volver a lo básico, entender que los problemas globales no son ajenos a nosotros. Son nuestros problemas. A todos nos afectan y no menos de lo que lo hacen las cosas comunes de la vida diaria. Y somos nosotros, cada uno de nosotros, quienes no sólo podemos entender estos problemas sino que además podemos hacer algo significativo para solucionarlos.

¿Qué nos estamos jugando?

El hecho es que con el paso del tiempo una enorme pirámide de problemas diversos ha ido acumulándose en todas las partes del mundo, problemas sociales, políticos, económicos y culturales. Las contradicciones han hecho su aparición dentro de la sociedad —de diferente forma en cada país, pero muy parecidas— y han creado conflictos y crisis. Incluso guerras. La relación entre el hombre y la naturaleza se ha ido volviendo más y más complicada y tensa. El aire se ha ensuciado, los ríos se han contaminado, los bosques están diezmados. El número de contradicciones continúa creciendo y están comenzando a ser más profundas. La sociedad muestra síntomas de estar enferma.

De diferentes formas, todos nosotros, en todas las partes del mundo, hemos expresado nuestro descontento con este estado de las cosas, hemos pedido cambios y todavía los estamos pidiendo. ¿No te resulta familiar esta historia? Yo creo que sí.

Sin embargo, en un punto concreto estos retos y contradicciones son tan serios que los cambios se hacen inevitables. Si los líderes que deciden sobre la vida de la sociedad se muestran incapaces de entender la necesidad del cambio y de hacer algo al respecto, el pueblo no los respaldará por más tiempo. Surgirán movimientos violentos como huelgas y disturbios. La sociedad entrará en un periodo de crisis. ¿Cómo podrá resolverse esa crisis? Eso es difícil de predecir. La enfermedad de la sociedad afecta a todos y cada uno de sus miembros, a cada uno de sus ciudadanos y los amenaza con el sufrimiento. El final puede resultar una explosión, un baño de sangre que nadie desea, pero que sucede espontáneamente.

Otra salida

¿Existe otra salida, un camino más allá de la crisis? El libro que tienes entre tus manos proporciona una respuesta: sí, hay otro camino. No debemos esperar hasta que la crisis de la sociedad alcance el punto de peligro. ¡Debemos actuar! Cada persona puede actuar. Si cada uno hace un poco, juntos podemos llevar a cabo lo que se necesita. Podemos impactar en aquellos que deciden la política y el destino de la sociedad y motivarlos a que comiencen a realizar los cambios necesarios. Cambios que no sólo resuelven la crisis, sino que también nos colocan en la senda de la supervivencia, del desarrollo saludable para la gente y para la naturaleza y en una mejor calidad de vida para todos. Ésa es nuestra salvación.

La comunidad humana ha alcanzado un punto en el que debe decidir si permite que los acontecimientos sigan su curso (y si lo hace, tendremos todos que superar un difícil examen) o si se las arregla para realizar un giro que cambie el carácter y el contenido del desarrollo para que éste sea en beneficio de la humanidad. Para tomar esta decisión, en primer lugar debemos tomar conciencia de que este giro es verdaderamente necesario. Entonces, entenderemos qué tenemos que hacer para evitar lo peor y cómo debemos hacerlo.

Este libro nos ayuda a comprender la situación actual de nuestro planeta y a encontrar el camino que debemos tomar. Nos ayuda a determinar qué debemos hacer y cómo hacerlo para asegurar nuestro bienestar común. El futuro que afrontamos es un futuro abierto. Todos nosotros —y eso te incluye a ti, lector— podemos poner nuestro granito de arena para decidirlo.

Lee este libro y comienza a pensar. Es esencial para ti, para tu familia, para tus presentes o futuros hijos y nietos, para tus amigos y para toda la gente que te rodea.

El mundo en nuestras manos

El mensaje de este libro es sencillo. No debemos esperar que el cambio fundamental venga desde «arriba», que provenga de los líderes, electos o designados, de las sociedades contemporáneas, sino que debemos catalizarlo para que venga desde «abajo», desde las personas que viven en esas sociedades. Éste es un objetivo realista, ya que en pocos años las posibilidades de cambio procedentes del pueblo han crecido. Hoy, dichas posibilidades han aumentado gracias a dos desarrollos paralelos: en primer lugar, la necesidad de un cambio fundamental, que es más urgente que nunca y, en segundo lugar, el despegue y la intensificación de la voluntad de cambio entre muchos pueblos del mundo.

El cambio se producirá, porque la humanidad no puede continuar como antes. La guerra y el terrorismo son sólo la punta del iceberg. El cuerpo sumergido, pero que ahora comienza a emerger cada vez con más fuerza, del iceberg es el estrés creciente, la frustración y el odio generado por el empobrecimiento del medio ambiente que sustenta la vida y el reparto poco equitativo para los trabajadores de nuestro mundo económico y de nuestro sistema social.

El cambio se producirá porque debe hacerlo pero, ¿cuándo y cómo sobrevendrá? Pronosticar el momento y la forma del cambio que nos espera no es el reto, ya que el futuro no se puede predecir, debe crearse.

El reto que afrontamos es el de crear un futuro positivo. Si actuamos de forma sabia y efectiva, podremos crear un mundo más pacífico y sostenible en sólo unos pocos años. No estamos obligados a continuar viviendo dentro de la crisis y el conflicto. El mundo no necesita permanecer violento y económica, social y ecológicamente insostenible. Podemos progresar hacia la armonía, la cooperación, las comunidades habitables y hacia un sistema de valores que nos alimente y nos sostenga, a nosotros y a todo lo que vive en la Tierra.

Si queremos mejorar el mundo, debemos tener claro qué es lo que va mal en él. Éste es el primer punto de nuestra agenda. Debemos observar los hechos y, afortunadamente, los hechos son conocidos y hablan alto y claro por sí solos. La actual economía globalizada y el actual sistema social han proporcionado un bienestar poco equitativo a unos cuantos y la marginación y la miseria a la mayoría. Posee una producción globalizada, comercio, finanzas y comunicación, pero también se ha creado desempleo a escala nacional y regional, aumentando la diferencia de ingresos, y una degradación progresiva del medioambiente global y local. Los beneficios del crecimiento de la economía, antes un indicador de progreso, cada vez están más concentrados. Mientras el 20% de la población rica se hace cada vez más rica, 1,2 miles de millones de personas están inmersas en la pobreza absoluta, superviviendo con apenas un dólar al día en suburbios urbanos y chabolas y en zonas rurales deprimidas del interior.

Estas condiciones son explosivas: alimentan el resentimiento y las revueltas. Cuanto más tiempo la gente abrigue el odio y el deseo de venganza, más difícil les resultará convivir de forma pacífica y cooperativa. Tanto si la causa es el ego herido de una persona o la socavada autoestima de la gente, como si es el deseo de venganza personal o una guerra santa en defensa de la fe, este potencial de violencia está ahí. Conseguir que la paz llene el corazón de las personas es una condición previa para lograr la paz en el mundo. Y la paz interior depende mucho de la creación de unas condiciones más equitativas en este planeta.

El mundo de hoy está lleno de problemas. En los países industrializados, la estabilidad laboral es cosa del pasado. En los países pobres, la pobreza se agrava por el hambre, el desempleo y las condiciones de vida degradantes. Tanto los países pobres como los ricos sobreexplotan las

tierras productivas, contaminan los ríos, lagos y océanos y merman las reservas de agua. Y el vacío entre los segmentos modernos de la sociedad y los tradicionales separan las estructuras de las que depende una sociedad estable.

El mundo contemporáneo se mueve por el dinero y está enganchado al crecimiento económico. El dinero hace que el mundo se mueva, pero el dinero que lo conduce no es un dinero normal, es sobre todo «dinero a crédito». La mayoría del dinero del mundo (todo excepto el tres o cuatro por ciento que usamos en billetes y monedas para las compras diarias) no es asunto de los bancos centrales ni está garantizado por el gobierno, sino que es dinero que crean los bancos comerciales en forma de crédito. La gente pide crédito cuando necesita más dinero y está segura de que va a poder pagarlo; los empresarios lo prestan cuando quieren crecer o cuando creen que pueden obtener algún beneficio. El crecimiento económico fomenta la confianza económica y conduce a un progresivo endeudamiento, lo que significa un aumento de la cantidad de dinero adeudado que se mueve dentro del sistema. El sistema se autoalimenta: el dinero, si se paga con intereses, necesita crecimiento económico, el crecimiento conlleva más préstamos y por lo tanto más dinero adeudado que va generando más crecimiento y más dinero adeudado. En este sistema, los ricos y las grandes multinacionales son los principales beneficiarios: ellos pueden obtener dinero prestado con sus garantías de crédito. Los pobres y los pequeños negocios se dejan al margen.

Debido a los círculos viciosos del sistema monetario del mundo, los derechos adoptados por la comunidad mundial (el derecho a la salud, al alimento y al empleo establecidos en el Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales) comienzan a ser más y más irreales. Aunque los gobiernos y las instituciones públicas y privadas defienden estos derechos de boquilla, en la práctica se están extinguiendo para cada vez más personas que antes los disfrutaban. Asegurar que todas esas personas tengan acceso a las condiciones que necesitan para su salud, su alimentación y su empleo no es, no puede ser, una prioridad para los gobiernos modernos. Los gobiernos necesitan trabajar codo a codo con los bancos y grandes empresas para mantener el impulso de crecimiento de su economía: están aterrados ante la perspectiva del

estancamiento y la recesión. Las economías nacionales simplemente deben crecer si no quieren introducirse en una espiral descendente. Pero ese mantenimiento del impulso de crecimiento económico significa más préstamos y dinero adeudado. Esto sitúa a los pobres fuera de juego y amplía la diferencia entre los segmentos ricos y poderosos de la sociedad y los pobres y débiles.

El movimiento de dinero de la economía global no puede continuar creciendo de forma indefinida. Últimamente, esta burbuja creciente está a punto de explotar. Pero a medida que va creciendo, aumenta la brecha entre ricos y pobres y alimenta el descontento y la frustración de más de dos tercios de la población mundial.

Vidas y fortunas en la aldea global

Para apreciar la diversidad de las vidas y las fortunas de la aldea global, debemos suponer que está formada por 1.000 habitantes, 560 de los cuales son mujeres y 440 son hombres. Cerca de 300 tienen menos de 15 años de edad y 69 son mayores de 65.

576 de los 1.000 habitantes son asiáticos, 320 son europeos, americanos, árabes y australianos y 104 son africanos. 162 de ellos hablan chino, 81 inglés, 69 hindi, 65 español, 52 ruso, 37 árabe y 34 bengalí (el resto habla una de las miles de otras lenguas que existen). 149 viven con una media de 78 dólares al día, 445 con 16 dólares al día, 179 intentan vivir con 5 y 227 tienen que subsistir con 1 dólar al día. 140 son analfabetos, 328 no reciben el más mínimo cuidado sanitario y 19 de esos niños no tienen acceso a la educación. 25 son refugiados y 10 de ellos dejan cada año sus comunidades de nacimiento para emigrar a la ciudad. Los 200 más ricos consumen el 86 por ciento de todo lo que está en el mercado, mientras que los 200 más pobres consumen el 14 por ciento restante. Cada uno de los 149 «ricos» usa 250 millones de litros de agua durante el transcurso de su vida, 15 millones de litros de gasolina, 45.000 kilos de acero, 65 toneladas de cereales y la madera de 1.000 árboles.

Si la tendencia actual no cambia, en el año 2050 no habrá 1.000 habitantes en la aldea global, sino 1.500. De ellos, 690 no tendrán acceso al agua potable y 300 dispondrán de menos de un dólar al día para sobrevivir.

Nuestro mundo se ha vuelto social y económicamente insostenible. Pero esto no es todo: como sabemos, la insostenibilidad de nuestro mundo tiene profundas raíces ecológicas, que residen en el serio y todavía creciente desequilibrio entre las necesidades humanas de habitabilidad y los ciclos de automantenimiento de la naturaleza. En el pasado, esto no sucedía o, al menos, el desequilibrio que surgió no fue crítico ya que la explotación humana del medioambiente era relativamente moderada. Con las tecnologías primitivas y las pequeñas poblaciones, las reservas de recursos naturales parecían infinitas y el daño medioambiental insignificante. Cuando un entorno era dañado involuntariamente, o sus recursos sobreexplotados, había otros lugares que conquistar y explotar.

A mediados del siglo XIX, la población mundial alcanzó los mil millones y su impacto en el medioambiente aumentó de forma dramática. Tanto la población como la explotación de los recursos naturales crecieron de forma continuada a lo largo del siglo XX. En los últimos 50 años, nuestros padres y abuelos han usado más recursos naturales que durante todos los milenios anteriores juntos. Hoy en día nuestra aldea global tiene casi 6.000 millones y medio de habitantes. Pero el peso con el que cargamos al medioambiente no es producto de nuestro número, sino de nuestro uso irresponsable de sus recursos. Nuestros cuerpos sólo constituyen el 0,014% de la biomasa del planeta y un 0,44% de la biomasa de los animales. Nuestra explotación del planeta está completamente desproporcionada con el número de habitantes.

Consideremos el alcance de nuestra «huella ecológica». La «huella ecológica» es el área de tierra que requiere un ser humano o un grupo de seres humanos. Define la parte de la productividad biológica del planeta usada por un individuo, una ciudad, un país o toda la humanidad. Si la huella de un asentamiento es mayor que esta área, este asentamiento no se puede sostener de manera independiente. Una ciudad es intrínsecamente insostenible porque muy pocos de los recursos naturales usados por sus habitantes provienen de sus propios límites. La mayoría de los recursos, como la comida, el agua, los minerales y combustibles vienen de fuera de la ciudad, del campo, minas, cuencas y pozos. Pero las regiones y países pueden muy bien ser sostenibles: su huella ecológica no necesita extenderse fuera de sus territorios. Éste, sin embargo, no es el caso.

En 1996, la biosfera de la Tierra tenía 12.600 millones de hectáreas de espacio biológicamente productivo que ocupaba aproximadamente un cuarto de la superficie del planeta. Comprendía 9.400 millones de hectáreas de tierra y 3.200 millones de zonas de pesca. Compartidas de forma equitativa, entre una población de 5.700 millones, daría una «porción de la Tierra» de 2,18 hectáreas por persona. Ahora, hemos crecido hasta casi los 6.500 millones, pero la productividad biológica de la biosfera continúa siendo la misma. Entonces, la porción de la Tierra que debería corresponder a cada hombre, mujer y niño del planeta debería ser de 2,1 hectáreas, pero la media de la huella ecológica llega a 2,8 hectáreas. La humanidad excede su porción colectiva de Tierra en más de un 30%.

Huella ecológica mundial

12.600 millones de hectáreas de espacio biológicamente productivo dividido entre la población

Capacidad biológica de la Tierra
1,9 hectáreas.....

Consumo de África y Asia
1,4 hectáreas.....

Consumo medio mundial
2,3 hectáreas.....

Consumo de Europa Occidental
5,0 hectáreas.....

Consumo de Norteamérica
9,6 hectáreas.....



Fuente: *Living Planet Report 2000* de la Fundación World Wildlife

El *Living Planet Report 2000* de la *World Wildlife Foundation* evaluó la huella ecológica de 151 países, incluyendo los más grandes, los más poblados. Hay 75 países que consumen por encima de la media que les corresponde. Son sólo el 21% de la humanidad pero su sobreconsumo es grande. La Federación de Repúblicas Árabes, Singapur y los Estados

Unidos sobrepasan su parte cerca de 6 veces (la media de huella ecológica en EE.UU. es 12,5 hectáreas o 31 acres). En contraste, la media de la huella en Bangladesh es de 0,5 hectáreas. Si las 189 naciones formalmente constituidas que existen alcanzaran la huella de los 42 países ricos, el exceso global sería del 100%. Para permanecer en equilibrio con nuestra base biológica, ¡necesitaríamos otro planeta del tamaño de la Tierra!

Nos estamos acercando al límite de la capacidad de la Tierra para sostener la vida humana. El *Living Planet Report 2000* advertía de que estamos saqueando el planeta a un ritmo que supera enormemente su capacidad para soportar la vida. Más de un tercio de los recursos naturales del mundo han sido destruidos por la actividad humana durante las tres pasadas décadas. Si este ritmo continuara, sobre el año 2050 necesitaríamos no uno, sino dos planetas del tamaño de la Tierra.

La humanidad no sólo explota y, por supuesto, sobreexplota la naturaleza, también la daña. La progresiva degradación del medioambiente no se reconoció de manera seria hasta los años 80. Antes de esto, el éxito de la civilización tecnológica obscureció el hecho de que los ciclos de la naturaleza se estaban degradando progresivamente. La agricultura mecanizada y reforzada químicamente aumentó el rendimiento por acre e hizo posible que un mayor número de acres fueran cultivables, pero también aumentó el crecimiento de algas en los lagos y canales. Productos químicos como el DDT probaron ser efectivos insecticidas pero envenenaron a poblaciones enteras de animales, pájaros e insectos. Ahora, producimos entre 300 y 500 toneladas de residuos peligrosos y químicos tóxicos cada año y cuando alguna parte de ellos llega al medioambiente envenena tanto a las personas como a los animales y a las plantas. En los países industrializados, soportamos entre 500 y 1.000 veces más del nivel normal de plomo en nuestros cuerpos. Hemos contaminado lagos y ríos y mermado los recursos de agua hasta el punto de que una persona de cada seis de la familia humana no dispone de agua potable que beber y dos de cada cinco no puede mantener una higiene adecuada.

El informe *State of the World* del 2003 del *Worldwatch Institute* puso de manifiesto que debido al daño producido por la habitación humana y, sobre todo debido a la polución y a la sobreexplotación, aproximadamente

el 12% de los pájaros del planeta están en la actualidad en peligro de extinción así como el 25% de los mamíferos. La especie humana no es inmune al peligro. La degradación de la naturaleza afecta a la supervivencia humana: un cuarto de la tierra de cultivo del mundo desarrollado está seriamente degradada y, en la actualidad, 420 millones de personas viven en países que no tienen suficiente tierra de cultivo para producir su propia comida. Alrededor del 30% de los bosques que existen están degradados o fragmentados y un 50% de las áreas pantanosas ha desaparecido durante los últimos cien años. Como resultado, 500 millones de personas viven en regiones que padecen sequía crónica. En torno al año 2025, es probable que ese número se haya incrementado unas cinco veces, hasta llegar a los 2,4 y 3,4 miles de millones.

La insostenibilidad ecológica del mundo de hoy se agrava por el hecho de que los ecosistemas no se colapsan poco a poco. Hemos estado actuando bajo la suposición de que en la naturaleza la causa y el efecto son proporcionales y que un gramo más de polución equivalía a un gramo de daño. Pero esto no es así. Los ecosistemas pueden contaminarse durante años sin experimentar ningún cambio y de repente convertirse en algo completamente diferente. Los cambios graduales crean una vulnerabilidad acumulada hasta que un simple ataque al sistema, como una inundación o un periodo de sequía, lleva al sistema a un estado diferente y éste puede que esté considerablemente menos adaptado para sostener la vida humana y su actividad económica.

Este salto hacia un nuevo estado catastrófico también puede ocurrir en el clima mundial. De acuerdo con el informe de 2002 de la *U.S. National Academia of Sciences* un cambio abrupto puede sobrevenir cuando se fuerza al sistema climático a cruzar un umbral crítico. Nosotros nos estamos aproximando ahora a dicho umbral. Hay un número creciente de gases que producen el efecto invernadero en la atmósfera, que incluyen 370,9 partes por millón de dióxido de carbono, que es no sólo el nivel más alto que se recuerda en nuestra historia sino en los últimos 20 millones de años. Debido a estos saltos repentinos que suceden en el desarrollo del ecosistema, en vez de ocurrir de forma gradual durante el curso de los próximos 100 años, el calentamiento global (un aumento de las temperaturas de entre 1,4 y 5,8 grados centígrados) puede sobrevenir en unos pocos años.

El cambio del clima no producirá un calentamiento uniforme del globo; en vez de eso, la media sí será más cálida pero habrá grandes variaciones climáticas entre las regiones. Mientras la mayoría del planeta se calentará, Europa y la Costa Este de Norteamérica se enfriarán bastante; por supuesto, la temperatura típica de una nueva glaciación podría darse. Este es un posible escenario perfilado por el informe de enero de 2004 de la *Internacional Geosphere-Biosphere Programm* de Suecia. Podría ocurrir que la Corriente del Golfo se desviara debido al deshielo de la capa ártica en forma de corrientes frías de agua que fluirían por el mar de Groenlandia. La «gran cinta transportadora» que conduce el agua templada y con ella el aire cálido a la mayoría del hemisferio norte podría fallar y las temperaturas descenderían de forma dramática en pocos años. Gran Bretaña, los Países Bajos y el norte de Europa tendrían el mismo clima que Labrador, que está en la misma latitud. Las lluvias cesarían en el ecuador, trayendo la sequía a las regiones templadas. Una nueva Edad de hielo en Europa y Norteamérica, combinada con el calentamiento global en otras regiones, sacudiría el mundo humano desde los cimientos. Las hambrunas se sucederían en muchas partes del mundo, los bosques serían consumidos por incendios, las praderas se secarían y se convertirían en bolas de polvo, la vida salvaje desaparecería y en las zonas tropicales las enfermedades como la cólera, la malaria, la fiebre del dengue y la amarilla diezmarían la población.

No existe certeza sobre cuándo podrían ocurrir estos dramáticos cambios en el clima global, pero está claro que podrían suceder en el transcurso de la presente década o en los próximos 15 años, o incluso el año que viene. Si no se dan de inmediato algunos pasos decisivos para salvaguardar la integridad de los sistemas de soporte de vida del planeta, sucederán más temprano que tarde.



La realidad es que nuestra aldea global está llena de desigualdades, de odio y frustración y no es ni económica ni ecológicamente sostenible. Estas condiciones no se pueden prolongar de forma indefinida. Debemos conseguir la paz y un nivel más alto de sostenibilidad o nos arriesgamos al holocausto mundial.

Hace medio siglo, Albert Einstein señaló que no podemos resolver un problema utilizando el mismo sistema de pensamiento que lo provocó. Los científicos premiados con el Nobel están de acuerdo. Una Declaración firmada por un centenar de premiados como conclusión del Simposio del Centenario del Premio Nobel de la Paz en diciembre de 2001 afirmaba: «El peligro más profundo para la paz mundial en los próximos años surgirá no de los actos irracionales de los estados o los individuos sino de las demandas legítimas de los desposeídos del mundo». Terminaban la Declaración diciendo: «Para sobrevivir en el mundo que hemos transformado, debemos aprender a pensar de forma diferente».

El nuevo pensamiento es un «factor suave» de la vida de la sociedad, pero cuando sobreviene para decidir nuestro futuro tiene mucho más peso específico que el dinero y el poder, los tradicionales «factores duros». La urgente transformación global que se necesita reclama cambios concretos en nuestra forma de pensar. Con un pensamiento nuevo y más responsable podemos avanzar hacia unas condiciones de vida pacíficas y sostenibles dentro de este planeta. Como Mikhail Gorbachev ha puesto de manifiesto, cuando todo está ya dicho y hecho, el mundo está en nuestras manos.